

Hombres, ideas y libros

Puerto Varas

TODO tiene en esta tierra su carácter especial: la Naturaleza, los hombres y las cosas. Cuesta, realmente, convencerse de que se está en Chile. Hasta las carretas son aquí diferentes. En vez de esos armatostes pesados y chirriantes que flanquean dos macizas ruedas, veo pasar por mi ventana—cargados de maderas, de trigo—unos vehículos livianos, de cuatro ruedas, que se acortan o se alargan, según las necesidades, como una mesa de correderas.

Puerto Varas está recostado sobre una ensenada del Lago Llanquihue. Es una población en forma de semi-círculo y se halla dividida en dos barrios. Uno de éstos—el llamado «Puerto Grande»—queda en un extremo del semi-círculo y es la parte comercial, ciudadana, donde está la estación, el correo, las tiendas y almacenes. En el otro extremo se extiende «Puerto Chico», constituido por una sola calle—una calle rústica que mira al Lago y que pueblan pintorescas contrucciones de madera.

(La madera sirve aquí para todo. Todo se hace de ella, casas, puentes, acueductos, deslindes de potreros y hasta caminos, en los lugares cenagosos. Las crónicas cuentan que en tiempos no remotos utilizóse aún en las transacciones, y las tablas llegaron—nunca se vieran en semejante honor—a la categoría de moneda corriente).

Las residencias de Puerto Chico, especies de granjas europeas, están rodeadas de árboles, jardines, huertos de manzanos (otras frutas aquí no existen), de hortalizas exuberantes, esta-

blos, gallineros, todo muy limpio y bien cuidado. Cada familia, puede decirse, se basta a sí misma, como en los tiempos patriarcales.

Eso de la limpieza parece no ser aquí difícil cosa. En Puerto Varas no hay, no se producen basuras. Jamás un papel en las calles, nunca una «chancleta» abandonada, de esas que abundan en algunas playas de veraneo del centro del país, ni tampoco un basural, ni un carretón edilicio... ¿Será que en este lugar, donde las gentes son tan laboriosas, todo se aprovecha y nada sobra? A veces he estado tentado por indagar el caso, mas he vencido la curiosidad por seguir disfrutando del agradable misterio.

Separando los dos puertos se hallan el «Hotel Llanquihue», uno de los mejores del pueblo, y el templo evangélico, diminuto como un juguete, en su agudo perfil gótico que copian las aguas del Lago.

Aparte de las diferencias externas, materiales, que caracterizan a ambos barrios, existen otras más hondas, de índole espiritual. Baste decir que Puerto Chico es protestante, y católico Puerto Grande, para imaginar cuán diversa ha de ser la idiosincrasia que distingue a los pobladores de uno y otro extremo del balneario.

Esto de las gentes del sur, de su psicología, hábitos y costumbres, está pidiendo a voces un novelista. Latorre en su «Ully» ha abierto con su pluma vigorosa una primera brecha, y Manuel Rojas, en «Hombres del Sur», nos ha mostrado algunos tipos de roto, interesantes, pero queda un inmenso campo inexplorado.

Las relaciones entre las dos razas que pueblan la región—la indígena, enteca, chata y floja, y la alemana, rubicunda y esforzada—son cosa digna de estudio.

El mayor interés, indiscutiblemente, lo ofrece esta última, en sí misma y en sus relaciones con las personas que van de Santiago. Los descendientes de los colonizadores germánicos forman, en general, una sociedad aparte, *sui generis* en Chile, y por muchos conceptos interesante, una especie de aristocracia

provinciana, al propio tiempo modesta y laboriosa, orgullosa y cerrada. Es de ver a estos hombres corpulentos y sanos—los verdaderos hombres del sur,—muchos de los cuales poseen ya cuantiosas fortunas, trabajando desde que aclara el día hasta que anochece, trabajando como un simple gañán u obrero. Cuando descendí en la estación de Puerto Varas, un amigo que me esperaba, me presentó al cochero que debía llevarnos a nuestro alojamiento, el señor X., un caballero rico y muy distinguido de la localidad que, entre sus varios negocios, tiene este de conducir pasajeros. Sorpresas de semejante índole se experimentan, viajando por el sur, a cada rato.

Las rubias nietas de Teutonia, en general más decorativas que hermosas, y poseedoras de una discreta ilustración adquirida en colegios y liceos de Osorno, Valdivia y Concepción, y aún en el mismo Puerto Varas, trabajan durante el día en todos los menesteres domésticos, como un modelo ideal de criadas; pero, al atardecer, frescas, limpias y vestidas aún con cierto lujo, hacen su aparición en el salón, donde bailan y toman parte en los entretenimientos y conversaciones de sus huéspedes, pues es frecuente que estos hogares, admirablemente organizados, reciban durante los meses de verano a algunos pensionistas.

Eso sí: todo se cobra y se paga escrupulosamente. No se conoce, en general, esa hospitalidad generosa y franca de la hidalga España. Si se atiende al viajero, se hace a menudo sin agrado y, al parecer, únicamente por negocio. No existe ese impulso cordial, simpático, que uno descubre en el centro de Chile, sólo después de haber viajado por las regiones germanizadas del sur.

Aunque haya aprecio recíproco y hasta cierta confianza, siempre falta algo en las relaciones del portovareño y el santiaguino; parece que una intangible zona aisladora se opusiera entre ambos. Esta especie de recelo, este pisar en tembladeras, visible sólo para el observador atento, ¿de dónde procede? Tal vez de una falta de armonía espiritual entre los descendientes de España y de Alemania. Incomprensión recíproca tal vez. Pero es posible que el problema tenga otra explicación más definida.

La inconmensurable superioridad racial de los descendientes teutónicos sobre el pueblo aborígen, la ausencia de una clase media, y el aislamiento del resto de Chile en que han vivido durante muchos lustros, son circunstancias que han contribuido a formar una casta o patriciado, orgulloso de su sangre y su dinero, y han forjado estos caracteres altivos y huraños, no obstante los usos patriarcales y modestos. La misma persistencia con que emplean el idioma alemán, sin la menor urbanidad para los que, estando presentes, desconocen esta lengua, y el despectivo gesto con que se suele hablar, entre ellos, de «ese castellano», no hacen sino corroborar lo dicho, que, por lo demás, se manifiesta en muchos otros síntomas, imposibles de explayar en estas páginas.

Ahora bien, repentinamente, con la facilidad de las comunicaciones, desde algunos años a esta parte, comienzan a llegar al Sur veraneantes santiaguinos, que no son de su sangre y que sin embargo constituyen también una aristocracia, y una aristocracia más rancia, más refinada y culta, y tal vez más adinerada que la suya. Háseles creado así, de la noche a la mañana, una situación social y psicológica incierta, difícil, de la que quizás no se den cuenta clara, pero instintivamente se repliegan sobre sí mismos en una actitud disimulada de defensa en la que acaso pudiera vislumbrarse un impreciso sentimiento muy semejante al odio, actitud y sentimiento que se disimulan, no por cortesía al forastero, sino más bien porque no conviene matar el turismo que deja dinero y avalora aquellas tierras lejanas. Hay, naturalmente, excepciones y yo he podido apreciar de cerca algunas muy señaladas. Sólo generalizando y refiriéndolas al espíritu colectivo, podrán apreciarse en su justo valor las anteriores observaciones.

Bien puede también que ese terco retraimiento tenga, en parte, su origen, en la tendencia atropelladora de algunas gentes de Santiago que, por estar en provincia, imaginan que pueden permitírselo todo. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, en general, los chileno-alemanes no hacen nada por parecernos un poco simpáticos.

Interesantes tópicos, como queda insinuado, para un novelista, pero ya es hora de dejar de lado estos tanteos psicológicos y volver a nuestro hermoso Puerto Varas.

Hacia atrás, confinando con los huertos y hortalizas que rodean las casas y establos, se extienden los campos, suavemente ondulados y verdes, donde pacen vacas holandesas, ofreciendo a la vista un paisaje idílico. Como estos lomajes, que alfombran todos los matices del verde—el verde aterciopelado y oscuro de los papales, el verde cata de los pastos, el verde amarillo de los trigales que comienzan a madurar, el verde plumizo de los trigos más tiernos y tardíos—, como estos lomajes se dilatan siempre en serpenteada y leve ascensión, el más lejano un poco más elevado que el más próximo, resulta que los ojos abarcan un enorme panorama, como si estuviésemos en el centro de un gran anfiteatro en que las graderías fuesen una sucesión de armoniosas colinas. Más allá, en los términos del campo cultivado, se alza negro e impenetrable el bosque milenario. Se le ve, desde lejos, ceñir todos los contornos del lago como un cinturón de acero. El hombre rubio cada día va avanzando un paso y convirtiendo la oscura selva en luminosas campiñas. En éstas, sin embargo, de trecho en trecho, aislados, yérguense árboles gigantescos, centinelas que al retirarse el bosque, dejó apostados allí, como una manifestación de su poder. También pequeños trozos de selva—de la selva autóctona—ponen su mancha verdinegra en medio de los campos. Han sido dejados allí, a manera de apriscos naturales, para que en los inviernos tenga donde guarecerse el ganado. Los árboles se elevan, buscando la luz, a alturas inverosímiles y casi siempre rectos como columnas de un templo fabuloso. Los troncos, cubiertos de musgos, parecen acolchados de terciopelo y las florecillas—moradas, amarillas y rojas—de las enredaderas y plantas silvestres, se prenden a ellos remedando, a la distancia, broches de amatista, oro y rubí. A veces interpónese a nuestro paso, semi-oculto entre las altas malezas, un enorme cilindro verde... Es un árbol caído, un árbol muerto, que envuelven en piadoso sudario miriadas de helechos y pequeños musgos, tal

vez un roble, un coigüe o un ulmo que, en pasadas centurias, vió a la indiada sigilosa, lista para el asalto, espiar el paso de alguno de esos andantes caballeros que vinieron de España a traernos, con su sangre, una noble civilización y una hermosa lengua.

Empero, el mayor atractivo hállase en el Lago Llanquihue con sus aguas claras y aplacientes, y su inmaculada corona de volcanes. El Osorno, el Tronador y el Calbuco, cuyas siluetas se recortan hacia el fondo, constituyen una lontananza incomparable.

El lago encierra su secreto, tiene muchas escondidas bellezas que sólo va entregando poco a poco a quien, obstinadamente, le contempla durante días y días. El que sólo le vió de paso, puede asegurarse que no le conoce.

Porque en su plácida superficie, que animan pintorescos veleros y vaporcitos, se refleja el versátil cielo sureño, y cada día y cada instante el lago descubre un aspecto diverso. Ora muestra—precisos—sus contornos de blandas líneas, ora oculta y dilata sus confines en la niebla lejana; ya es azul y luminoso, ya opaco y gris como una inmensa sábana de estaño líquido; a veces adquiere tonos verdes profundos, otras—en las tardes—cúbrese de una clámide fantástica de tonos rosa o violeta; mas, cuando sopla el viento norte, el gran espejo se quiebra y sus aguas se encrespan como un mar embravecido.

Entonces nos asaltan súbitos deseos de huir hacia las provincias del centro, porque sabemos que esas aguas encrespadas son el oráculo de próximas lluvias torrenciales.

Llueve varios días y para consolarnos de la falta de sol, filosofamos. Esta agua que cae—nos decimos—es la que procura todas sus bellezas a las regiones australes. Sin ella no existiría este lago, estas cumbres perennemente nevadas, esta espléndida vegetación siempre verde. Hay, pues, que tolerarla. Y recordamos que la tierra es muy porosa, que no se forman barrizales, que se puede salir sin desagrado...

Entre tanto, saboreemos el espectáculo mágico que nos prepara el sol, para cuando menos lo soñemos, al romper magnífico las nubes, bañándolo todo en una orgía de colores—colores suaves, armoniosos, que anegan el alma en un bienestar sedante, en «un mar de dulzura», como diría el gran salmantino.

E. SOLAR CORREA.